

José Noguero  
Pintura, brincar sobre el abismo  
16 septiembre - 26 noviembre, 2022

Las pinturas de José Noguero se enredan fértiles con las palabras de Delfín Rodríguez: "los paisajes pintados o pensados, pueden, deben y suelen ser tan confusos como las estaciones o las sombras, sin límites precisos, siempre fragmentos de una totalidad infinita, de un cielo sin riberas. De una totalidad, situada en *el extremo del silencio*". Su posible perfección, quiso aclarar, no procede de lo representado, sino, en todo caso, de la habilidad plástica del artista o de lo que está más allá del cuadro, algo a lo que se hace referencia y de lo que la obra artística solo es un boceto, una simulación, incluso un simple signo. Porque los paisajes, anotó, adquieren su *naturaleza* al ser *pintados*, como si el tema fuera el propio pintar. El propio pintar, ese es el asunto de las pinturas de paisajes de José Noguero que, como también escribiera Delfín Rodríguez, adquieren el impreciso valor de la metáfora del viajar. Un viaje el de Noguero construido por acumulación de fragmentos, más interesado en convocar etapas de un proceso abierto y en continuo cambio, que en el intento vano de representar la totalidad de lo visible.

Cuando no pinta, Noguero regresa a la lectura de la filosofía hindú Maya que desde hace años le ilumina en el salto sobre el abismo de la creación pictórica, en el *brinco* del título de esta exposición que, de algún modo, suaviza la encrucijada amenazante de la destrucción presente siempre, desde el origen, en toda creación. Maya, que puede traducirse como ilusión, espejismo o irrealidad, es la energía divina de la que emana el mundo según las upanisad, textos sagrados o doctrinas secretas hindúes, que sostienen la permanencia de ciertos vínculos ocultos entre los distintos elementos de lo existente, de ahí que, como ha escrito Juan Arnau, se trate de un arte del descubrimiento de las afinidades que componen la urdimbre del mundo. Profundizar en tales afinidades es el propósito que guía la pintura de Noguero cuyo tema, ya lo hemos dicho, es la pintura misma, lo único real.

A la pintura y la lectura se une la práctica de la respiración Kokyu-ho, que permite a Noguero encontrar en lo más profundo de su ser las imágenes que dan forma a lo sin-forma: figuras del pintor y del pintar, al decir de Delfín Rodríguez; representaciones que suceden en el interior de la pintura, más allá de que el motivo externo sea o no real.

Y la música, siempre presente. El mundo sinfónico de Iannis Xenakis acompañaría bien a la pintura de Noguero. De la música de Xenakis, Eugenio Trías dejó escrito el titánico desafío del compositor para lograr sonoridades y timbres en el carácter, cortado a tajo, de saturados acordes que se entrelazan en rudas progresiones ascendentes y descendentes; aludió también al culto a la materia, a lo matricial; a la naturaleza titánica, demiúrgica y proteica; a la masa, palabra clave de su obra: masa del fuego que se propaga, masa de nubes en formación que se acumulan y estallan...; masas sonoras que se deslizan quedamente, para terminar pulverizándose en una música sin tiempo que parece remontarse a milenios de civilización.

En *el extremo del silencio* se sitúa la pintura de Noguero. Allí donde lo real es la pintura, que se desborda pletórica y voraz sobre la superficie del lienzo dando forma a imágenes atmosféricas, inestables, inesperadas, fugaces e instantáneas, quiméricas; de límites imprecisos, planos tallados y vibrantes manchas de color, a la deriva de movimientos espontáneos y ritmos oblicuos y asimétricos. Cada cuadro resulta ser un fragmento de la totalidad a la que remiten estas obras resultado de una mirada anatómica, aquella que disecciona, sostiene Fernando R. de la Flor, la realidad en planos o cortes, desde el interior a la superficie, construyendo de modo stratigráfico la realidad del mundo.

La naturaleza toda se agita y resuena en un mismo acorde en las pinturas de José Noguero, de espacios inconmensurables donde el tiempo no existe. Ante estos paisajes, resuena el eco de las palabras de Gilbert Durand, siempre atento a las estructuras antropológicas del imaginario: "En el follaje de los árboles, nuestra infancia y un pasado más lejano todavía se ponen a bailar una ronda festiva (...). Los colores mezclan su centelleo (...). Sentimos que nos fundimos de placer hasta lo más profundo del ser, nos transformamos, nos disolvemos en algo para lo cual no tenemos ni nombre, ni pensamiento". [*Chus Tudelilla*]